



Conferencia Episcopal de Colombia

PRES-CC-547/26

CARTA A LOS PRESBÍTEROS DE COLOMBIA

Bogotá, D.C., 13 de febrero de 2026

Queridos hermanos sacerdotes:

Nos hemos reunido, del 9 al 13 de febrero, en Asamblea Plenaria del Episcopado, junto con los representantes de cada uno de los 78 Presbiterios del país, y hemos reflexionado y orado sobre el tema “**El Presbiterio en la Iglesia Sinodal**”.

Como fruto de lo que Dios mismo fue poniendo en nuestros corazones, durante estos días, queremos compartir con ustedes una palabra nacida de la fe, de la comunión y de la esperanza compartida.

En primer lugar, nos conmueve el mensaje que el **Santo Padre León XIV nos ha dirigido**, junto con su bendición apostólica, el pasado 9 de febrero, al inicio de nuestros trabajos de Asamblea, en el que nos exhorta “a promover la santidad del Presbiterio, a fin de que quienes sirven como pastores puedan conformarse plenamente al corazón de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y a su misterio de amor” y ha manifestado que “pide al Espíritu Santo que ilumine la misión pastoral que llevan adelante en esas amadas tierras colombianas y los impulse a ser auténticos testigos del Evangelio”.

Con estas palabras motivadoras del Santo Padre, queremos decirles, **ante todo, ¡gracias!** Gracias por la fidelidad silenciosa, por los desvelos pastorales, por caminar con el Santo Pueblo Fiel de Dios, incluso cuando el cansancio pesa y la realidad parece ardua. Hacemos visible a Cristo Buen Pastor (cf. Jn 10,11), con nuestra presencia y cercanía, las cuales son signo del amor de Dios en medio de su pueblo.

Volvamos siempre al amor primero (cf. Ap 2,4), a ese encuentro fundante con Jesús que dio sentido a nuestra vocación, para “educar la mirada y ejercitarnos en el discernimiento” (León XIV, *Carta al Presbiterio de la Arquidiócesis de Madrid*, 9 de febrero de 2026) y así reconocer lo

que Dios ya está obrando en medio de nosotros, muchas veces de forma silenciosa y discreta (cf. Lc 24,32). Volvamos al silencio, a la docilidad para escuchar la voz del Espíritu y permitir que Cristo renueve la alegría de nuestra entrega. Como dice san Pablo: “Reaviva el don de Dios que hay en ti” (2 Tim 1,6), permaneciendo en su amor (cf. Jn 15,9); así, la intimidad con Cristo hará fecundo nuestro servicio.

Seamos sacerdotes firmes, sólidos en la identidad y valientes, porque “Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de dominio propio” (2 Tim 1,7). No perdamos el horizonte de nuestra consagración sacerdotal. Nuestra identidad se fundamenta en la configuración real y existencial con Cristo, evitando reducir el ministerio a un conjunto de tareas o a la presión por obtener resultados visibles. La Iglesia no necesita sacerdotes definidos por “la multiplicación de tareas o la presión de los resultados”, sino “varones configurados con Cristo, capaces de sostener su ministerio desde una relación viva con Él, nutrida por la Eucaristía y expresada en una caridad pastoral marcada por el don sincero de sí” (León XIV, *Ibid.*).

Reavivemos continuamente la conciencia de ser ***alter Christus***, permitiendo que sea el Señor quien configure la vida, unifique el corazón y dé forma a un ministerio construido desde la intimidad con Dios, la fidelidad a la Iglesia y el servicio humilde al pueblo confiado. Este camino exige una vida visible y coherente, no para exhibirse, sino para remitir siempre al Misterio de Dios: el sacerdocio no es nunca fin en sí mismo, sino puente y signo que conduce a Cristo, permaneciendo en el mundo sin ser del mundo, viviendo el celibato, la pobreza y la obediencia como formas concretas de pertenecer enteramente a Dios.

Queremos, pues, **seguir a Jesús** y no a nuestro propio reflejo; caminar detrás del Maestro, no delante de su cruz; ser servidores y no protagonistas; pastores que escuchan, acompañan y dan la vida. Deseamos que cada gesto de nuestro ministerio remita a Él, que nuestra palabra sea eco de su Evangelio, y que nuestras comunidades encuentren en nosotros no un foco de atención, sino una ventana abierta hacia el Señor. Pidamos juntos la gracia de vivir en esta verdad: que Cristo sea el centro y que nosotros seamos sus instrumentos. Que Él crezca y nosotros disminuyamos (cf. Jn 3,30), para que nuestro pueblo vea en nosotros el rostro misericordioso de Dios.

Que en este tiempo de implementación del Sínodo sobre la Sinodalidad continuemos fortaleciendo **el Presbiterio como vínculo** de comunión y fraternidad, sabiendo que nadie camina solo, ni tampoco nadie se ordena sacerdote para sí mismo. El Papa León XIV, en su carta apostólica “*Una fidelidad que genera futuro*”, subraya la importancia de una vida presbiteral fundamentada en la comunión, indicando que la Iglesia —y de modo especial sus

ministros— debe aprender a “caminar en unidad de fe”; como el apóstol Pablo nos exhorta: “Anímense mutuamente y edifíquense unos a otros” (1 Tes 5,11).

No temamos pedir ayuda cuando la necesitemos ni ofrecerla a quien la requiere. La gracia opera con más fuerza cuando edificamos juntos la unidad, “como piedras vivas” (1 Pe 2,5), con la ayuda de nuestro Presbiterio, familia, amigos y comunidades. Aunque nuestra humanidad sea frágil, Dios es fiel (cf. 1 Cor 1,9); su fidelidad y la nuestra engendrarán siempre futuro. Él conoce cansancios, luchas e ilusiones; se alegra con nuestros frutos y sostiene nuestros pasos. Recuperemos nuestra espiritualidad sacerdotal que abraza la verdad profunda de la propia humanidad y la deja iluminar por Cristo. Nuestra vida donada es semilla de esperanza para Colombia. Hoy el Señor nos envía nuevamente a iluminar un mundo que tiene sed de sentido, verdad y amor.

Seamos pastores humildes, alegres y valientes que saben “diseñar nuevos mapas de esperanza”, guiados por la Palabra de Cristo, para abrir caminos nuevos en la fidelidad al servicio, a la fraternidad y a la misión encomendada. Los sacerdotes estamos llamados a vivir cada día la valentía creativa que, arraigada en la tradición viva del Evangelio, se traduce en obras concretas de caridad para el mundo.

Que María, Madre de los sacerdotes, y San José, custodio del Redentor, protejan y fortalezcan nuestra entrega cotidiana, para no apartarnos de la senda de la fidelidad y de la disponibilidad total al Señor.

Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, renueve en cada uno de nosotros la gracia de nuestro ministerio, para que la obra que Dios ha comenzado en nosotros, Él mismo la lleve a feliz término (cf. Flp 1,6).

Con estima fraterna y en comunión con el Señor, firmamos esta carta en nombre de todos los obispos y sacerdotes de Colombia que hemos participado en la CXX Asamblea Plenaria del Episcopado.

original firmado

+Francisco Javier Múnera Correa Arzobispo de Cartagena Presidente de la Conferencia Episcopal	+ Gabriel Ángel Villa Vahos Arzobispo de Tunja Vicepresidente de la Conferencia Episcopal
---	---

+Germán Medina Acosta Obispo de Engativá Secretario General de la Conferencia Episcopal
